

### CAPITULO XXX.

La madre y la hija.

Eran las dos de la tarde del 9 de Agosto de 1847.

Dos mujeres, hermosas como la esperanza y la fé, se encontraban en una de las casas del barrio de la Palma. Eran Amalia y Luz que se consideraban los seres mas felices de la tierra, desde la noche en que la segunda fué arrancada del poder del infame Willey.

La humilde habitacion de la bella maestra, se habia convertido, para las dos, en una mansion de verdaderas delicias, porque mansion de verdaderas delicias es sin

duda aquella en que reside el amor correspondido, y Amalia y Luz se embriagaban en ese amor puro, dulce y desinteresado, que existe en el corazon de una excelente madre para con su querida hija, y en el alma de ésta para el tierno sér á quien debe la vida.

Querer, pues, describir las caricias, las palabras cariñosas, las protestas de amor, los suspiros, los abrazos, los besos y las lágrimas que se cruzaron entre aquellos dos felices séres desde el instante que se descorrió del velo del pasado, seria profanar los sentimientos mas íntimos y delicados, los afectos mas dulces y tiernos del corazon.

Amalia era feliz cuanto puede ser la mas amorosa de las madres, cuando se encuentra al hijo adorado que lloraba perdido.

Luz, cautivada por la ternura, la belleza, y los sentimientos hidalgos de la mujer á quien debia, primero la vida, y despues la honra, que habia estado próxima á perder para siempre, estaba orgullosa de poder dar el dulce nombre de madre al hechicero

sér, que en su melífluo acento, en la mirada de sus serenos ojos, en sus delicadas expresiones y en su belleza, revelaba el corazón de un ángel.

Pero no por esto se olvidó de los séres que le habian cuidado desde la niñez.

Habia sabido por Amalia que se habian ausentado de México durante su prision y ambas resolvieron continuar indagando el lugar en que estaban para escribirles cuanto habia pasado.

Solo faltaba, pues, para que la felicidad de Luz fuese completa, la vuelta de su amante Rafael, de quien no habia vuelto á tener noticia desde la desgraciada accion de Cerro-Gordo.

Despues de este lamentable revés, Santa-Anna habia hecho reconcentrar todas sus fuerzas en la capital, y Luz temió por la vida de su amante al no verle llegar con ninguno de los cuerpos.

¿Qué habia pasado?

La afligida jóven preguntó; pero nadie de los que llegaban le supo dar razon de él. Le habian visto en la retirada quedarse

muy atras con Don Juan; pero ignoraban si habia perecido, ó si se habia quedado en S. Martin, como médico de uno de los cuerpos que estaban en observacion de los movimientos de los invasores.

Esto tenia en continuo sobresalto á la hermosa Luz. Habia oido hablar de una emboscada puesta por los Norte-Americanos para apoderarse de algunos oficiales que se habian quedado muy atras en la retaguardia; pero ignoraba, como lo ignoraban los mismos que lo contaban, que el oficial norte-americano que habia dispuesto aquella celada era Willey, y que los individuos á quienes se propuso sorprender, eran Rafael y D. Juan.

—Nada temas, hija mia:—le decia Amalia en los instantes en que nos halla esta historia.—Estoy segura de que Rafael se encuentra en la division que quedó de observacion en S. Martin, y que lo tendremos aquí dentro de pocos dias.

—¡Dios lo quiera! Pero si es cierto que vive, ¿cómo se explica ese silencio, guardado desde la sangrienta accion de Cerro-

Gordo, y en los instantes en que me debe considerar mas cuidadosa?

—Tal vez hayan sido interceptadas sus cartas por alguna guerrilla enemiga.—Contestó Amalia tratando de consolar á su hija, aunque ella participaba de sus mismos temores.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

La jóven iba á exponer las razones que tenia para creer como imposible que hubiesen sido interceptadas las cartas por el enemigo, cuando se oyó el estampido de un cañon, disparado en la Plaza de Armas.

Era la señal convenida para que los cuerpos de nacionales y del ejército se presentasen en sus cuarteles con las armas en la mano.

Amalia y Luz sabian, como todo México, aquella disposicion; pero á pesar de eso temblaron y palidieron.

A la detonacion de la pieza de artilleria, siguió el toque de generala; y poco despues las músicas de los cuérpos que habian estado reunidas en la plaza, partieron por las

calles tocando marchas y dianas, seguidas de un inmenso pueblo, entusiasta y dispuesto á combatir.

Los vivos á la nacion, y los mueras á los yanques, eran los gritos únicos que resonaban por todas partes.

El ejército se puso en un instante sobre las armas, y los batallones de nacionales, Victoria, Hidalgo, Bravos, Independencia, Mina y otros, se encontraron á poco formados en sus respectivos cuarteles, dispuestos para salir.

Se sabia positivamente que desde el dia siete de Agosto empezaron á salir de Puebla, dejando allí una corta guarnicion, las divisiones de Twiggs, Quitman, Worth y Pillow, y todos anhelaban el momento de combatir contra ellas.

México presentaba en esos instantes un aspecto de fuerza y de vigor, que hacia presentir en el triunfo de la justicia que le asistia en aquella lucha.

Las calles estaban llenas de gente que corria á las armas, y de curiosos que pre-

guntaban la distancia á que se hallaban los Norte-Americanos.

Las puertas de las casas, los balcones, las azoteas y las ventanas, se veían cubiertas de señoras, de niños y de ancianos, que no pudiendo ir á empuñar una espada ó un fusil, animaban con sus palabras á los que se disponían al combate.

En estos momentos de animación y de entusiasmo en que todo el mundo se entregaba á las más lisonjeras esperanzas, solo había dos seres que permanecían quietos en su estancia, sin tomar parte en la alegría general.

Y estos dos seres eran Luz y Amalia.

La primera no podía desechar de su imaginación la triste idea de que alguna fatal desgracia le había sobrevenido á Rafael para privarle de sus cartas; y la segunda, participando del mismo temor, sufría, porque veía padecer á la hija de sus entrañas.

De repente oyeron ruido de pasos en el patio, de alguno que se acercaba á la habitación en que estaban.

Amalia volvió la cabeza, fijó la vista en

la persona que se dejó ver en aquel momento en la puerta de la sala, y exclamó:

—¡Hay nuevas de Rafael, señor Nuñez! Este, que iba vestido con el uniforme de oficial de caballería de nacionales, exclamó:

—Ningunas, hermosa Amalia: he preguntado á todos, y nadie me ha sabido dar razón, ni de él, ni de D. Juan.

—¡Lo vé vd., madre mia!—Exclamó Luz afligida.—¡Sin duda fué de los que sucumbieron en la acción de Cerro-Gordo.

—¡Oh! yo abrigo aún la esperanza de que e volveremos á ver.

—¡Mi corazón ha perdido ya esa esperanza!—Dijo la hermosa Luz, sintiendo agolparse á sus ojos las lágrimas.—¡Su prolongado silencio me anuncia que sucumbió para siempre!

Y la tierna jóven se llevó el pañuelo á los ojos para enjugarse el llanto.

Amalia le estrechó enternecida contra su corazón.

Los gritos de ¡viva México! ¡mueran los

yankes! y las músicas militares que pasaban por la calle tocando alegres piezas, volvieron á escucharse en aquel instante.

—¡Adios! — Dijo Nuñez al llegar á su oído los ecos de la música.— Esa es la señal para que volemos á nuestros cuarteles, y marchar en seguida en busca del enemigo, que ha salido de Puebla, y avanza sobre esta capital. Yo he querido ponerme á las órdenes de vdes. antes de partir, y por eso he venido á saber si algo tienen vdes. que mandarme.

—¿Sale usted también? — Le preguntó Amalia.

—Dentro de un instante, así como mi amigo Leopoldo, de quien ya otras veces he tenido el gusto de hablar á vd., y que ha suspendido su enlace hasta que termine la campaña.

—¡Dios quiera—exclamó la hermosa Luz afligida—que no pierda la vida en un encuentro, como la ha perdido sin duda el sér que animaba la mia, y que no vea Clotilde desaparecer su ventura en los instantes en que soñaba realizar sus miríficos ensueños,

como soñé yo, para despertar en el llanto y el dolor

—Eso es imposible.—Dijo Nuñez con un acento de convicción profunda.—Dios que ha destruido felizmente todos los obstáculos presentados por ese hombre, no dejará, estoy seguro, sin terminar su obra, castigando al culpable, y premiando la virtud. Yo salí en su persecucion la noche en que desapareció de México; pero me llevaba varias horas de ventaja, y tuve que volver sin darle alcance. Pero hoy que el invasor se acerca; hoy que Willey, unido á los enemigos de nuestra patria, viene sediento de sangre y de rapiña, se encontrará en su camino con la hoja de mi espada, y le obligaré con ella á que me confiese dónde tiene á Adela, y á que me entregue á Rafael y D. Juan, á quienes sin duda tiene prisioneros.

—¡Ah! sus palabras de vd. hacen revivir mi muerta esperanza.—Exclamó la hermosa Luz.

—¡Oh! estoy seguro de que el corazón no me engaña. Pero ¿qué miro?—Dijo Nuñez asombrado, y fijando de repente los

ojos en el medallon que Luz dió á Duval, y que éste devolvió á la jóven cuando cayó herido, y que la jóven llevaba en aquel momento colgado al cuello.—¿Quién le ha dado á vd. ese medallon?

—¿Lo ignora vd?

—¡Oh! responda vd., por piedad, hermosa Luz: ¿quién le ha dado á vd. ese medallon?

—Duval.

—¡Duval!

—Sin duda. Pero ¿por qué se asombra usted?

—Porque....

Y Nuñez estaba pálido y temblando.

—Acabe vd.

—A ver.

Y el jóven se acercó con ansiedad á examinarlo.

—¡Ah! ¡no es ella!

Exclamó despues de un instante.

—¿Cómo! ¿qué quiere vd. decir?—Exclamó agitada á su vez Amalia.

—Este tiene el nombre de Luz; y el que ella lleva....

—¿Qué! Acabe vd....

Dijo Amalia cada vez mas sobresaltada.

—Tiene el suyo.

—¿Cuál?

—El nombre de Adela.

—¡Adela....!—Dijo conmovida y fuera de sí la preceptora.—¿Y dice vd. que es igual á este su medallon?

—En un todo, menos en el nombre.

—¡Dios mio!

Dijo Amalia palideciendo.

—Pero ¿qué tiene vd?

Preguntó Nuñez, notando la repentina mutacion que se operó en el semblante de la preceptora.

—¿Qué he de tener?—contestó inquieta y afligida:—que la jóven que tiene ese medallon.... la mujer que vd. ama.... la que gime en poder de ese malvado Willey, es...

—¿Quién?

—¡Mi hija!

—¡Mi hermana!—Exclamó Luz sorprendida.

—¿Qué escucho!—Dijo Nuñez no menos admirado.

—Sí; yo solamente le habia contado á vd. el encuentro de mi hija, pero no la circunstancia del medallon. Pero Adela, la infeliz Adela, es la otra hija de mi corazon, cuyo paradero ignoraba!

—Pues pronto, se lo juro á vd.—exclamó Nuñez con fé ardiente—le estrecharé vd. en sus brazos, y habré arrancado la vida á su infame perseguidor. Adios, el toque de corneta me llama á reunirme á mis compañeros: tenga vd. confianza en el buen éxito de la justa causa que defendemos.

Y el valiente jóven, lleno de entusiasmo, de enojo contra el vil doctor, y ardiendo en deseos de medir con él sus armas en el campo de batalla, se ausentó para irse á unir con sus bravos compañeros.

Amalia quedó sorprendida con aquel descubrimiento.

Luz, conmovida tambien, se arrojó en los brazos de su amorosa madre, exclamando:

—¡El cielo le devuelve á vd. sus dos hijas, y á nosotras una madre como no hay otra en el mundo, cuyo amor es el único

bien que me queda en la tierra, si por desgracia ha muerto Rafael!

Y Luz y Amalia quedaron abrazadas un corto instante, mezclando sus suspiros y sus lágrimas, de amor y de placer.

Poco despues, ambas caian de rodillas pidiendo á Dios les permitiese estrechar pronto á Adela contra su corazon, y por la vuelta de Rafael.